

los aliados europeos occidentales, de apoyo a las fuerzas moderadas y de ayuda económica condicionada; frente al caso español, en que la postura es de supervisión del proceso, con Wells Stabler como figura clave. Eso sí, tras un episodio de injerencia en 1975, como fue el apoyo a Marruecos en el tema Sáhara por razones geoestratégicas complejas, que la autora esclarece y que llevan a Washington a presionar al último gobierno franquista para que negocie con Marruecos (serán los Pactos de Madrid) y a maniobrar en la ONU para frustrar un posible referéndum en Sáhara.

Finalmente, Antonio Muñoz da cuenta del papel central de la entonces República Federal Alemana en la Transición, la única intromisión real en asuntos internos que tiene lugar durante el proceso. Es un capítulo muy crítico con la versión oficialista sobre la evolución del PSOE en esos años, que no da cabida en su relato heroico a la ayuda fundamental del SPD alemán. Deja en evidencia la centralidad de ese apoyo en el relanzamiento de la formación, dirigida desde Suresnes por el grupo en torno a Felipe González, cuyas reglas son «hiperliderazgo, opacidad y carencia de democracia interna». La RFA lidera la ejecución de la política explicada por Lemus para contener los efectos de la Revolución de los Claveles, que en el fondo era la que Alemania venía desarrollando desde los años sesenta con el Franquismo, y en su modalidad de Ostpolitik, basada en la confianza en la teoría de la modernización anticomunista y en pura realpolitik. El programa para España era la necesidad de una fuerza de izquierda moderada capaz de eclipsar la influencia del PCE, lo que se tradujo en un masivo apoyo económico y logístico al PSOE a través de la fundación Ebert, además de respaldo político de cara al gobierno español y en el exterior. Queda claro que fue decisivo para reconstruir las estructuras del partido, el aparato de prensa y propaganda, de formación de cuadros -fomentando su moderación y pragmatismo- y para dar el espaldarazo internacional a González. La injerencia alemana incidió en el modelo sindical aprobado, que dio alas a la UGT; influyó en el trato de favor del gobierno hacia el

PSOE y, sobre todo, permitió que en menos de dos años el partido se convirtiera en una fuerza política competitiva.

Al acabar el libro, el lector tiene claro que el factor internacional no fue tan secundario en la Transición, que las restricciones sobre las fuentes documentales españolas siguen lastrando la agenda de investigación sobre esta dimensión del proceso y que, sin duda, esa misma razón es la que ha impedido a la historiografía arrojar luz sobre los procesos de elaboración y toma de decisiones de la política exterior y, por tanto, desmontar o confirmar los relatos aceptados hasta ahora, contruidos en buena medida sobre la base de interpretaciones transmitidas por los propios protagonistas.

Rosa Pardo  
UNED

Joan GIMENO I IGUAL

*Lucha de clases en tiempos de cambio. Comisiones Obreras (1982-1991)*

Madrid, Los Libros de la Catarata-Fundación  
1º de Mayo, 2021, 317 pp.

Al contrario de lo que ocurre con periodos de nuestra historia actual, como el Franquismo o la Transición a la democracia, todavía existe un vacío historiográfico cuando se trata de conocer con rigor la trayectoria de los sindicatos de clase en la España democrática. Para el caso de Comisiones Obreras (CCOO), son muy pocos los especialistas que, como Álvaro Soto, José Babiano o Javier Tébar, han analizado su actuación en los años 80 y 90 del pasado siglo, y las monografías de alcance regional y/o local publicadas hasta el momento parecen paliar el desconocimiento general sobre este objeto de estudio.

Además, como han señalado en varios estudios José Babiano y Javier Tébar, después de la muerte de Franco no parece posible asociar mecánicamente a los sindicatos el mismo tiempo histórico de la Transición, toda vez que en nuestro país, el tiempo de los derechos cívicos y políticos no coincidió con el de los derechos del trabajo. Tam-

poco es posible trazar la historia del sindicalismo de clase a partir de 1977 como un solo agente, pues el diseño de un sistema de relaciones laborales pluralista y la hegemonía de dos centrales sindicales con orígenes y culturas muy distintas (UGT y CCOO) aconsejan analizar los diferentes modelos sindicales por separado.

El libro de Joan Gimeno i Igual que es fruto de su tesis doctoral titulada *Situación el hoy en la mañana. Comisiones obreras en la Transición y la democracia, 1977-1991*, dirigida por Pere Ysàs y defendida en 2019 en la Universidad Autónoma de Barcelona, se atiene a estas consideraciones y contribuye a profundizar en el conocimiento de la trayectoria de CCOO durante la etapa más intensa del gobierno del PSOE, al tiempo que arroja pistas sobre el posicionamiento de su máximo competidor, y no pocas veces adversario, sindicato socialista UGT. Desde una posición crítica hacia las teorías que limitan en exceso el impacto de la acción colectiva en general —y la sindical en particular— durante el periodo histórico que analiza el libro, Gimeno sostiene que las organizaciones sindicales, especialmente CCOO, tuvieron un papel esencial en el cambio político y que su contribución resultó determinante tanto para rebajar los índices de desigualdad y pobreza relativa como para contener, ya en los años 90, el incremento de la precariedad laboral.

Comisiones Obreras apoyó de manera crítica al gobierno liderado por Felipe González tras la abrumadora victoria electoral socialista del 28 de octubre de 1982, en una suerte de mano tendida, dirigida a procurar una salida progresista a la crisis económica. La desconfianza, sin embargo, fue en aumento al comprobar que el gobierno se decantaba por políticas monetaristas y de rentas para atajar la inflación, objetivo que consideraba clave para la recuperación y que, según el autor, profundizaba en la senda flexibilizadora del mercado laboral iniciada por UCD. Para Gimeno, la contraposición entre CCOO y UGT era un hecho: mientras que el primero de ellos se mostraba portador de «los planteamientos más democratizadores», el sindicato socialista se lanzaba en

manos de la patronal y mostraba un seguidismo acusado respecto del gobierno de Felipe González, como demostraría, por ejemplo, su rúbrica del Estatuto de los Trabajadores, del Acuerdo Básico Interconfederal (ABI) y del Acuerdo Marco Interconfederal (AMI).

Golpeadas por la derrota en las elecciones sindicales de 1982 y por los pocos resultados del Acuerdo Interconfederal (AI) rubricado en febrero de 1983, circunstancias ambas que agudizaron las tensiones internas y potenciaron la oposición del sector carrillista, CCOO, lideradas por el histórico dirigente Marcelino Camacho, se opusieron con dureza a la política de reconversión industrial del PSOE, pero no lograron que sus propuestas alternativas, centradas en el llamado Plan de Solidaridad, calaran en la opinión pública. Entretanto, las interferencias políticas se sucedían en el sindicato, más aún tras el XI Congreso del PCE, que otorgó una pírrica victoria a los «gerardistas» y que llegaron a extremos preocupantes en Cataluña. En todo caso, los nuevos tiempos demostraban la imposibilidad de mantener el viejo modelo de sindicato como correa de transmisión del partido, tendencia que el autor achaca, prioritariamente, a los sectores de inspiración carrillista.

La propuesta del III Congreso de CCOO, consistente en combinar negociación y resistencia, se tradujo en la negativa a firmar el Acuerdo Económico y Social (AES) de 1984 y en la exacerbación del enfrentamiento con el gobierno, como demostraría la primera huelga general de 24 horas de la democracia, convocada el 20 de junio de 1985 contra la reforma de las pensiones y no secundada por UGT. Aunque el seguimiento de la misma no fue masivo, CCOO juzgó que con ella afianzaba su protagonismo político y, de paso, sembraba dudas en determinados sectores del PSOE y la UGT.

El autor sitúa entre 1986 y 1990 el momento álgido de CCOO en esta etapa, determinado por un conjunto de factores como la «victoria cualitativa» en las elecciones sindicales de 1986 y 1987, en las que CCOO obtuvo más votos,

aunque menos delegados que UGT, el fracaso del AES, el cambio de coyuntura económica, las nuevas perspectivas de la negociación colectiva, la renovación del equipo dirigente en el IV Congreso, explicitado en el relevo de Camacho por Antonio Gutiérrez, el desarbolamiento de la oposición carrillista y la profundización en las políticas económicas de corte neoliberal por parte del gobierno socialista. Esto último terminaría por forzar el cambio de postura en UGT y avanzaría el éxito de la huelga general del 14 de diciembre de 1988, convocada contra la propuesta del Plan de Empleo Juvenil y responsable, en gran medida, de la recuperación de la unidad sindical.

La «síntesis entre reivindicaciones pendientes y un programa socioeconómico orientado a combatir la igualdad» que supuso la Propuesta Sindical Prioritaria (PSP) estaría en el trasfondo de las importantes conquistas sindicales obtenidas tras las negociaciones del primer trimestre de 1990, que se tradujeron en una expansión notable del gasto social. Pero ambas centrales, a juicio de Gimeno, no supieron aprovechar el avance que suponía dicha conquista. Finalmente, las mieles de aquel cierre de los 80 no tardarían en dar paso a las hieles de la nueva década: la recesión económica, las tensiones internas suscitadas por el V Congreso y el abandono, por parte del gobierno, de su prometido «giro social» obligarían a CCOO a pasar de nuevo a la defensiva y a experimentar, ahora sí, los límites de la movilización social. En definitiva, el libro de Joan Gimeno no solo se inscribe entre los pioneros en el estudio de la trayectoria y el papel de las organizaciones sindicales en la España democrática, sino que puede alentar futuras investigaciones que contribuyan a rellenar este vacío historiográfico.

Enrique Berzal de la Rosa  
Universidad de Valladolid

Sara SANTAMARÍA COLMENERO

*La querrela de los novelistas. La lucha por la memoria en la literatura española (1990-2010)*  
Valencia, PUV, 2020, 337 pp.

Una parte muy considerable de la memoria histórica, o si preferimos otros términos más o menos sinónimos para el caso, de la historia pública o la memoria colectiva de cualquier sociedad pasa por su producción cultural, y dentro de esta especialmente la literaria. España no es una excepción. El conocimiento de la Guerra Civil y la dictadura de Franco que tienen muchas españolas y españoles debe más a los libros de Juan Marsé, Carmen Martín Gaité, Luis y Juan Goytisolo, Dulce Chacón, Isaac Rosa, Benjamín Prado, Alberto Méndez, Ignacio Martínez de Pisón, Almudena Grandes, Antonio Muñoz Molina, Andrés Trapiello, Rafael Chirbes o Javier Cercas, a *bestsellers* de novela histórica, como *Entre costuras* (2009) de María Dueñas, o *Palmeras en la nieve* (2012), de Luz Gabás, y a sus transposiciones televisivas o cinematográficas, que a la educación o a las aportaciones de la historiografía. Lo mismo podría decirse de películas como *Canciones para después de una guerra* (1976), de Basilio Martín Patino, *Las largas vacaciones del 36* (1976), de Jaime Camino, *Tierra y Libertad* (1995), de Ken Loach, *Libertarias* (1996), de Vicente Aranda, *La lengua de las mariposas* (1999), de José Luis Cuerda, *Las 13 rosas* (2007), de Emilio Martínez-Lázaro, *Pà negre* (2010), de Agustí Villaronga, *Mientras dure la guerra* (2019), de Alejandro Amenábar, o la reciente *Madres paralelas* (2021), de Pedro Almodóvar, por citar solo algunas entre las que obtuvieron mayor recaudación en las salas. Como tampoco podría hacerse una historia del recuerdo y el olvido de la guerra y la posguerra en la Transición sin estudiar la colección Espejo de España de Planeta, porque como entonces declaraba su editor, José Manuel Lara, «Franco es el primer vendedor de libros de España».

De hecho, la historia profesional ha tenido un alcance social limitado hasta hace no mucho tiempo, con pocas excepciones, y solo desde me-